

Mi niñera artificial

A veces alzo la vista al cielo y observo la luna, tan brillante como las farolas que alumbran las calles más oscuras, tan paciente como aquellos compañeros que te esperan a la hora del patio a pesar del vacío de sus estómagos y tan imperfecta como cualquier ser humano. A veces me pregunto si personajes históricos como el mismísimo Alejandro Magno o la propia Cleopatra se han parado a pensar en la luna tal como lo hago yo, ¿pensarían que se trataba de una divinidad que alumbraba sus noches? ¿La puerta a otro universo? Tal vez simplemente nunca se plantearon nada y aceptaron que era un círculo luminoso en el cielo.

Me encantaría hacerle estas preguntas a Jimena, mi niñera desde que tengo uso de razón, es súper inteligente y siempre me ayuda con los deberes incluso con los problemas más difíciles de matemáticas que, ni siquiera mamá puede resolver. Sin embargo, solo está programada para unas tareas limitadas como; limpiar, preparar la comida y por su puesto cuidar de mí y todo lo que eso implica. Mis padres no paran de decirme que no le coja demasiado cariño porque al igual que la lavadora que se estropeó el mes pasado, ella también puede dejar de funcionar en cualquier momento, pero ellos no lo entienden, Jimena no es un electrodoméstico o aparato cualquiera, una máquina no es capaz de contarme miles de historias cuando estoy aburrida o preparar los platos más deliciosos.

Puedo escuchar los pasos de Jimena hacia la puerta para recibir a mi madre antes de escuchar las propias llaves, tengo muy buen oído pero nunca consigo sentir a mamá la primera. *“Buenas tardes Jimena, hola cariño ¿qué tal el colegio, era difícil ese examen de matemáticas?”* Bueno, si el régimen zarista del Imperio Ruso, es la nueva función definida a trozos supongo que mamá tiene razón. *“Ayer estuvimos repasando matemáticas en la cocina, ¿te acuerdas?”* Mi madre sacude la cabeza y suspira mientras me da un beso en la cabeza. *“Tienes toda la razón, lo siento, ya sabes que últimamente hay mucha faena en el trabajo. Hoy han dejado de funcionar tres máquinas y menos mal que solo una estaba realizando una operación y el cirujano ha sido capaz de actuar con rapidez.”* Miro su pelo despeinado, su coleta desordenada, mamá siempre ha sido una mujer muy coqueta y refinada, para ella el pelo es la joya de una mujer y según ella, como lo llevas dice mucho de ti. Realmente debe de estar pasando unos días muy complicados en el hospital.

“¿Y por qué crees que sucede?” Mi madre me mira extrañada hasta que parece entender la pregunta. *“Supongo que todo tiene una batería limitada”* Ambas dirigimos nuestra mirada a Jimena, en sus 16 años de vida jamás ha dejado de funcionar y no sé si eso indica que pronto dejará de hacerlo. Noto el brazo de mi madre en mi hombro *“Tú y yo tenemos una batería, ¿sabes? ¿O acaso no duermes por las noches? Porque yo te escucho roncar.”* Ambas nos reímos y desde el rabillo del ojo juro haber visto una sonrisa en el rostro perfecto de mi niñera. Que extraño, no está diseñada para responder a estímulos indirectos.

Hoy vamos a hacer una excursión al zoo con el colegio, la razón por la que vamos en primero de Bachillerato es porque muchos de mis compañeros están interesados en estudiar un Grado en Ingeniería robótica y el zoo es el hábitat de los cibernéticos. Actualmente tan solo preserva doce especies naturales, el resto son máquinas diseñadas y controladas para imitar a la perfección los gestos de animales que por el cambio climático y contaminación han dejado de existir.

Mucha gente cree que esto es innecesario y una inversión inútil. No obstante, el ministerio de cultura y medioambiente considera importante recordar que animales como; pandas, elefantes y tortugas fueron parte de este mundo alguna vez.

Mientras pasamos por las diferentes áreas del zoológico un androide como Jimena nos explica la historia y características de cada animal, además, en el caso de aquellos que no son seres vivos nos explica cómo funciona su motricidad y cómo está diseñado a grosso modo. Todos mis compañeros toman apuntes, se acercan a las vidrieras y miran con detalle cada gesto, cada pelo sintético. Pero yo no puedo evitar pensar cómo tendría que ser venir décadas atrás, imagina poder ver una jirafa cuidar de sus bebés, o alzando su largo cuello para alimentarse de las hojas más altas, estos no hacen nada de eso.

De repente suspiro para dejar mis pensamientos atrás y puedo ver a mi amiga Paola acercarse demasiado a uno de los cristales y, sacudir la mano para llamar la atención del guepardo, según la guía se trataba de una máquina y Paola se estaba riendo de lo real que parecía. Sin embargo, en un abrir y cerrar de ojos el animal ya nervioso salta hacia Paola y rompe el cristal que nos separaba a nosotros de él.

Todos comenzamos a correr agitados de un lado a otro y Paola, ella no puede, tiene al guepardo encima y está muerta de miedo.

Una advertencia comienza a sonar por megafonía *“Atención, por favor: se solicita la evacuación inmediata de todas las personas en el zoológico. Por favor, sigan las instrucciones del personal y diríjanse a la salida más cercana de manera ordenada y tranquila.”* Pero mis ojos no pueden marcharse, mis piernas no pueden desplazarse ni un solo centímetro, así que me doy la vuelta y corro en dirección contraria hacia Paola, cuando observo al mismo androide que nos estaba guiando, abalanzarse sobre el guepardo para apagarlo, y así lo hace.

“¡Selene!” Mi amiga corre hacía mí para abrazarme y yo la abrazo a ella sin despegar mi vista de ese cristal roto. ¿Por qué el guepardo reaccionó así? ¿por qué actuó de manera autónoma?

Al día siguiente mi madre y yo desayunamos juntas, normalmente ella suele salir de casa un poco antes pero, hoy son las charlas vocacionales y pensé que sería una buena idea que, mamá que es matrona hablase un poco de su trabajo. *“¿Crees que voy demasiado informal? Tal vez debería cambiarme de camiseta creo que está muy arrugada.”* Antes de que pueda contestar mi madre ya está en su habitación rebuscando entre las prendas de ropa. Pongo los ojos en blanco mientras sonrío y me pongo las zapatillas cuando de repente suena el timbre, esta vez Jimena no puede ser más rápida que yo porque estoy justo al lado de la puerta, así que me levanto y la abro.

“¡Buenos días! Desde el centro comercial de alimentos Botigamarket le hacemos entrega del pedido realizado el Lunes 11 de febrero de 2097 a las 17:46. Si tiene algún tipo de inconveniente no dude en ponerse en contacto. ¡Muchas gracias y que tenga un buen día!”

Creo que cuando llega el robot del supermercado es mi momento favorito de la semana, siempre trae los productos a una temperatura perfecta, con un olor estupendo y una pinta aún mejor. Existe la opción de comprar alimentos en un estado “perfecto” o “estándar”, es decir, con una textura más arrugada, una forma más irregular, o un color no tan vibrante pero con un sabor igual de delicioso, a un precio más bajo. Según nos explicaron en clase, no sé exactamente si en clase de economía o tecnología, tengo que prestar más atención, antiguamente muchas empresas agrícolas se veían obligadas a tirar más del 30% de alimentos por tener una apariencia menos atractiva, que absurdo, ni que nosotros los humanos fuéramos todos perfectos.

“Vale ya estoy preparada, coge la mochila que nos vamos.” Hago lo que me indica y justo cuando voy a salir por la puerta Jimena me sonríe y se despide con la mano. Abro los ojos como platos para después sonreír de vuelta, creo que me he puesto las lentillas del revés porque mi niñera no debería estar actuando así.

Una vez llegamos al colegio los pasillos están llenos de adolescentes como yo al lado de sus padres, junto a ellos hay robots; robots cocineros, arquitectos, peluqueros, repartidores...Es extraño porque la mayoría de humanos son tan solo programadores de esos androides, lo que significa que no hay padres vestidos de astronauta, pintores, tampoco hay bomberos o pilotos. Mamá forma parte de uno de los pocos trabajos que aún requieren mano de obra humana, pues difícilmente una matrona que aporta apoyo psicológico durante y después del embarazo, puede ser sustituida por una máquina sin emociones.

Al entrar a clase, alumnos y padres nos sentamos en las sillas, el resto se quedan de pie, al fin de al cabo ellos no se cansan. El primero en hablar es el padre de Javier, es informático y junto con un equipo de otros trabajadores como él, es el encargado de gestionar la base de datos e identificar cuellos de botella dentro de la compañía telefónica de InterNete.

Aunque he recibido varias charlas vocacionales, me han hablado de cientos de trabajos y he investigado durante miles de horas, todavía no tengo claro qué quiero estudiar, estoy a un paso de la universidad y aún sigo pensando que el instituto es para siempre. Supongo que tan solo estoy asustada, mejor dicho, aterrorizada, de dar ese gran paso que deja atrás mi infancia, todo lo que conozco hasta el momento, y adentrarme en el mundo adulto donde nadie toma decisiones por mí, ni tampoco me recuerda las cosas que a mí misma se me olvidan por despistada.

Suspiro y miro mis zapatillas desatadas y sucias, seguro que esta mañana cuando llegó el repartidor se me olvidó atarme los cordones. Ya no sé ni quién está hablando en clase cuando escucho a un robot ¿suspirar? Alzo la vista y frunzo el ceño, ¿será que he suspirado yo y no me he dado cuenta? Porque yo suspiro mucho, a todas horas. Miro hacia mi lado derecho y veo a un androide mayordomo mirar sus propias zapatillas mientras resopla, creo ser la única que está viendo esto porque el resto parece muy ocupado observado como el padre de Michel puede programar a su robot agricultor para que haga beatbox.

"Oye, ¿estás bien?" Yo tampoco entiendo por qué le pregunto cómo se siente a un robot, pero para mí sorpresa este levanta la cabeza y baja las cejas como símbolo de tristeza. *"Llevo 12 años trabajando para Paola y siempre le ha gustado todo lo que he cocinado, pero hoy se ha quejado diciendo que le faltaba sal pero, jeso es imposible! Tengo la cantidad exacta de sal que las papilas gustativas de Paola pueden tolerar."* Abro la boca para hablar pero no sé muy bien qué decir, creo que me estoy volviendo loca porque nunca había visto a un androide sentirse triste, tampoco feliz o cualquier emoción que no se salga del estado neutro.

"Bueno, nosotros los humanos cambiamos de gusto muy a menudo." Me rasco la cabeza mientras espero su respuesta, a lo mejor simplemente ha sido un fallo. *"Según tengo entendido se puede cambiar de gustos de ropa, música, pero no de sal"* Miro el suelo avergonzada, tiene toda la razón. *"Bueno, ¿has pensado que tal vez has echado una pizca menos que de costumbre?"* El robot adulto, masculino, vestido de traje, de pelo negro, piel pálida, bigote francés y ojos verdes, alza la vista para observar su mano con detalle. *"Pero yo jamás he cometido un fallo así."* Sonríó y toco su hombro mientras le digo; *"Estoy segura de que un error lo tiene cualquiera, incluso los robots mejores programados."*

Al llegar a casa me tiro en plancha al sofá, hoy más que nunca necesito echarme una siesta larguísima, normalmente cuando estoy tan cansada bostezo mucho, pero tener alucinaciones con androides con sentimientos es algo nuevo. Miro el reloj y son las siete de la tarde, resoplo, si me duermo a estas horas lo más probable es que me levante mañana a la hora de ir al colegio.

Echarme una siesta no es una opción, así que estiro la mano lo máximo que puedo para coger el mando de la televisión. Justo cuando la enciendo, una imagen del mismo robot mayordomo de esta mañana aparece en la pantalla, abro los ojos más que un búho y la mandíbula consigue llegarme hasta el suelo cuando justo al lado de su imagen leo el título de la noticia;

"Noticia de última hora, ciertos androides parecen estar mostrando emociones y sentimientos no programadas en su sistema."

Pego un salto del sofá y me dirijo a la cocina para contárselo a mamá cuando veo a Jimena aconsejarla y hacerla reír, mostrando empatía. Justo en ese momento se me eriza la piel y mi rostro se torna totalmente blanco, Jimena siempre ha sido especial para mí, para mamá, pero resulta que no solamente es única para nosotras, sino para el resto del mundo también.

Jimena, el guepardo del zoológico, el mayordomo, tan solo son unos robots que están comenzando a sentir tal como lo hacemos nosotros.

Frunzo el ceño mientras miro a mamá, después dirijo mi vista a mi niñera, no tan artificial. No sé si esto es algo precisamente bueno, ¿qué pasa si algún día mamá o trabajadores como ella son reemplazados? Al fin de al cabo ya no hay nada que nos diferencie de ellos y peor aún, han demostrado que ya no se pueden controlar.